

Ser filósofo y creyente

Carlos Díaz

¿Existe una incompatibilidad estructural entre fe religiosa y logos filosófico? Así parecen darlo por supuesto diversas orientaciones filosóficas de la modernidad. Sin embargo, el cristianismo ha convivido desde siempre con la filosofía, la ha acogido y cultivado. Carlos Díaz presenta en este breve trabajo la sintonía profunda que se da en la concreción real del ser humano entre el logos filosófico y el propio de la experiencia religiosa.

I.

Decían los místicos que *la rosa es sin porqué*, aunque sea rosa; también decíamos los creyentes ser cristianos *por la gracia de Dios*, afirmación ésta que un increyente lejos de compartir tenderá desgraciadamente a reputar un handicap para la razón: ahí seguimos sin ira y con afición en esta nuestra España, que en realidad se trata —precisamente por esto— de dos Españas.

Cuando uno trata de pensar su fe se topa con el futurible: ¿Y si en lugar de haber nacido en la España de 1944 me hubiese llamado Lin-Yu-Tan y criado en ambiente budista? *Chi lo sá*, probabilísimamente la historia de mis creencias fuera otra, por mucho que uno no sea capaz de imaginarse de verdad sino siendo como es. En cualquier caso de la contingencia nadie se libra: ni siquiera pensaríamos lo que hoy pensamos respecto de nuestra imagen del mundo si Einstein no hubiera sido un judío alemán disidente, etc, etc. *Quod nihil scitur*; y la vida que para al escéptico se le antoja una siempre aleatoria expendiduría de lotería resulta ser sin embargo para el creyente un signo de providencia y gracia asignada a él de forma única, irrepetible, providencial y cuidadosa, pues ni un solo pelo de la cabeza humana se mueve sin el conocimiento de Dios; lo que para el nihilista es carencia de sentido e imperio de la insuficiencia de la razón («¿por qué el ser y no más bien la nada?») para el creyente es clamor de suficiencia y clarinazo de razón suficiente, incluso la nada deviene para él razón suficiente: todas las razones juntas más una no añaden un ápice de razón a la gratuidad de

la creación de Dios y de su cuidado de suyo verificante (per-se-verante) respecto de todo lo creado, incluyendo lo incomprensible y misterioso, el misterio de iniquidad.

Lo que no camina en el sentido de esta convicción se orienta por los derroteros del nihilismo, esa experiencia donde al entusiasmo primero sigue el desaliento postrero: «No poder dudar ya, ser incapaz incluso de participar en la parte oscura de la fe: este es, y sólo él, el estado pleno de la falta de gracia, el estado de la muerte fría, en el que incluso se ha perdido ya el olor a pútrido, ese último aliento oscuro de la vida» (E. Jünger: «El corazón aventurero»). Todo en ese nihilismo total, incluso Dios, resulta nada: «Dios, la gran metáfora que adensa su presencia cuando la noche cae sobre el mundo y lo vacía. Plenitud cifrada de la ausencia en un mundo finalmente reducido a solar de escombros» (Jacobo Muñoz: «Sólo un Dios puede salvarnos». In *Heidegger, o el final de la filosofía*, Ed. Complutense, Madrid, 1993, p. 129).

II.

Pero desde su propio sustrato existencial todo lo que el creyente aprende luego en el curso de su vida, a veces dilatada aunque siempre breve al final, todos los libros que lee y todos los que escribe (derecho no siempre, pero siempre con letras torcidas), dentro del Libro de Dios queda para él escrito —libro de libros, Biblia—. Toda la filosofía del creyente (en este caso del católico) vendrá a ratificar esto en su corazón: «la mejor aventura *razonable* (no irracional) que ha podido pasarme es ser creyente y católico», pues todo lo que va aprendiendo se da cuenta de que va beneficiándole: haciéndole bien a él en la plena extensión de su vida, una vida que no es solo razón ni solo fe, ni menos aún sólo teoría sobre la fe o sobre la razón, sino carne indivisa toda entera y verdadera en la unidad de una sola y misma realidad.

III.

El que vive en una casa de cristal no debe tirar piedras. Ni Prometeo, ni Fausto, ni el señorío autárquico de la acción autoteúrgica, sino el *hágase en mí según tu Palabra* de Abraham, o de María descubren al (en este caso también filósofo) creyente la identidad de lo real: *somos aquel amor con que se nos ama*. Desde pequeños vamos descubriendo lo que somos gracias a las sensaciones afectivas y nutritivas del tacto y la calidez nacidos de la fuerza del cariño que nos mece. Quien nos quiere y nos cuida nos hace ser lo que somos; quien ni nos quiere ni nos cuida nos des-cuida y des-hace. No se realiza en condición progrediente aquel que no ha visto nominado su nombre con amor. Dependemos del cariño ajeno para poder crecer, desarrollar y descubrir lo humano en nosotros. En sentido contrario, si alguien se situara fuera de tal marco podría vir, ciertamente, pero como los zombis: muerto en vida, des-animado, sin po-

der afirmar su yo, con una funcionalidad meramente mecánica. Así pues, difícilmente descubre su identidad (por lo demás siempre compleja y legionaria) quien no fácilmente descubre la figura del amado. Lejos del sartriano «el infierno son los otros», y más cerca de Jean Luc Marion, creemos también nosotros que el infierno es la carencia de todo otro relacional, proximal. El infierno es la ausencia de rosa, (o la presencia de rosas muertas: el mal puede producir flores marchitas, no frutos) aunque las rosas del rosal humano tengan espinas como condición de su fragancia.

IV.

Ahora bien, nadie hace nada para merecer el protocariño: sencillamente se nos regala: ni se compra, ni se vende, queda allende la lógica de lo mercantil o bursátil. El infierno sería el lugar anónimo donde tú no pudieras descubrir tu nombre, nombre que sólo puedes decir tras haber sido dicho amorosamente por otro que te dió nombre: tú no podrás sino repetir el nombre que te ha sido regalado. Difícilmente pasarás de la condición de algo a la de alguien sin la conjugación del nombre, es decir, sin el ejercicio del amor, pues *amor est nomen personae*, el amor es el nombre de la persona, como dijera Tomás de Aquino. Precisamente por ello la autoconciencia reconocitiva —del llegar a saber quién soy yo— del otro viene, de su mirada bondadosa hacia mí: *amor ergo sum*, soy amado luego existo.

Lo primero en el orden del discurso de la razón no es, pues, el afamado *ego cogito ergo ego sum* como quiso la Ilustración tras Descartes enfatizando el *yo egocéntrico* y el *pensar asertivo y ergotista: razón ejecutiva, sumaria, fría, solitaria a la que todo lo humano le es ajeno*. No. Ni el yo ni el pensar son lo primero, sino el tú que me fortalece viatoriamente, y el amor con que me custodia. Voz pasiva, pasividad en el origen (soy amado) y agradecimiento porque tú me haces existir (gratuidad, gracia, y por ende confianza y transitividad) son las vías de acceso al protodescubrimiento del pensar de cada existente.

V.

El pecado, pues, consiste en no dejarse querer, y por ende en no querer. Para dejarse querer (cosa bastante ardua a veces) es menester reconocerse en la *pasividad*, aceptar al otro en su prioridad activa y donativa, descubrir en el otro el origen de mi relato. He aquí cuando hacemos mal: cuando queremos ser queridos pero sin dejarnos querer, queriendo que nos quieran como nosotros queremos y no como ellos quieran querernos. Como consecuencia de ello pasamos la vida lanzando peticiones indirectas (el saludo, la caricia, el abrazo, pero malviviéndolos en formas habituales de sexualidad destructiva), echando al mar botellas de naúfrago, pero infortunadamente no sabemos di-

rigir nuestra solicitud solícitamente al destinatario: el mal aprendizaje de la existencia nos lo impide, aconsejándonos el desvío por el polo sur cuando queremos ir hacia el polo norte (a veces enfáticamente denominado «giro copernicano», ¡pobre Copérnico!).

VI.

Y como nadie da lo que no tiene, no puede uno dar el amor que no ha sabido reconocer en sí. En la raíz del no amar está el no haberse dejado amar. Por lo mismo nadie perdona si antes no dona, y a su vez nadie dona si antes no agradece. *Donato* podría ser el nombre del donante nato cuando su existir deviene permanente y universal donativo («¡dejad que mi beso abarque a la entera humanidad!», Schiller) porque antes se descubrió como donado y perdonado. El justo perfecto: aquel que amó incondicionalmente para siempre y para todos haciendo de su vida un regalo cósmico y a la par individualizado. Antítesis del pecado, el justo trae al mundo la experiencia concreta del perdón (setenta veces siete ejercido sin condiciones).

VII.

Setenta veces siete: *siempre*. Si la filosofía no es anhelo de lo eterno e inmortal, de lo infinitamente bueno ¿qué podría ser? La filosofía (como la teología que es fe viva), o busca lo eterno, o ni siquiera busca. Y la fe no sólo busca lo eterno, sino que afirma haberlo encontrado. Por esta razón, como escribe Gabriel Marcel, «amar a otro es decirle: mientras yo viva tú no has de morir», pues aunque tú algún día desaparecieses del mundo yo siempre te llevaré conmigo, tienes la garantía de tu existencia en mi palabra de honor: te honoro y honro en la medida de mi pervivencia amorosa hacia tu recuerdo vivo.

No hagamos, empero, trampas: «Dolores (la Pasionaria) vive», reza el cartel omnipresente en las calles de Madrid al día siguiente de la muerte de esta figura ya histórica. Ciertamente Dolores vive y vivirá *eternamente* si —y sólo si— alguien que la ama desde siempre y para siempre vive y continúa amándola: de lo contrario, se acabó lo que se daba porque la mera historia carece de poder resucitador. Esta es la prueba de la inmortalidad: yo soy inmortal porque alguien-siempre-amor me quiso y quiere desde siempre y para siempre sin olvido ni merma de amor. A tal ser le denominamos Dios.

Ni la historia resucita, ni el presente se pronuncia siempre con palabras de justicia verdadera, así que conviene que Dios exista —como dijera Kant— también al interesado en leyes de virtud, al que fue bueno, porque si Dios no existiera y su juicio final no se alzase sobre la contingencia del juicio humano ¿qué sentido tendría la historia para quien se pudrió en la cárcel o fue condenado a muerte y ejecutado por un delito que él no cometió mientras el delin-

cuenta se ríe fuera con risa sardónica?

Así que también por eso sería lo mejor posible y pensable para la humanidad en su totalidad que Dios existiera, porque coincidiendo en Él esencia y existencia ambas se tienen en pie desde el Amor, primer nombre de Dios. *O theos estín Agape*, Dios es Amor, leemos en el Evangelio de san Juan. Gracias, mi Señor, por ser aquel que precisa y preciosamente eres: el Amor de mis amores. Así reza el creyente enamorado (¿y cómo podría el creyente no eruirse enamorado?). Se equivoca de nombre —lamentabilísimo error, error capital porque es error de la cabeza y del corazón— quien en nombre de Dios acoge en su pecho algo que no sea amor. Y porque a Dios sólo le acomoda un nombre, *Agape*, acierta en su invocación al Dios verdadero aquel que verdadea en el amor.

VIII.

Siempre, en efecto; y por tanto *ahora* y siempre. La convicción de fe no es para un mañana sin un hoy muy urgente y muy exigente. La «existencia» de Dios sólo puede descubrirse en una «insistencia» agapeística. Sin sentir ni ejercer día a día, minuto a minuto, resulta incomprensible esta convicción porque somos unidad personal de inteligencia sentiente. Así pues, es en la persona el lugar en el cual, a modo de cruce de caminos amorosos, re-suena aquí y ahora el don del per dón: cruce y fusión, porque el amor es experiencia de *fusión* y a la vez de superación. En efecto, ser creyente cristiano sólo cabe en el orden de la fusión, fusión que no confunde sino que a su vez resulta difusiva porque funde di-fundiendo y trans-fundiendo la buena noticia de que el amor merece la pena para todos: es buena nueva, funda comunionalidad y participación «Tuve hambre y me diste de comer». Decirlo mucho pero no hacerlo es mal-decirlo.

Participación, comunión: experiencia de debilidad a la vez donde los demás me instauran y me restauran. Ser persona: descubrir en comunión la debilidad propia, la gratuidad ajena, y la vocación de esa convocatoria por los siglos de los siglos desde el Amén de Aquel que amó primero y llamó primero.

IX.

Comunidad, pues, no equivale a sumatorio de yoes arrogantes con músculos de acero y además presididos por el «magisterio de la sospecha», sino muy por el contrario ejercicio del *vocativo*, que es la metafísica de las realidades humildes, especialmente de la humana: *homo*, *humus*, *humilis*. Lo primero que el humano descubre es que necesita de los demás para llegar a ser, para ser, y para continuar siendo, así que lo inicial no es el nominativo cartesiano, sino el vocativo o invocativo de la fe: existir es orar, pedir. Pedir que mi estructura ósea no se calcine ni reduzca al polvo, que mi existencia no quede

hecha polvo, sino que pueda aspirar a vivir enhiesta y erguida bien enraizada en tierra para más cercanía del cielo, como el ciprés de Silos.

X.

Más no basta el vocativo que se limita a clamar desde la experiencia del no-lugar o del vacío. Con el ejercicio del vocativo se aprende a descubrir luego el *genitivo*, el «sé de quién me he fiado», tú eres el pecho que me amamanta y el regazo que me acuna, el sustento que me vivifica y hace vivo: *de ti* (genitivo), *mi Dios* (vocativo), todo pasado, todo presente y todo futuro provienen. Genitivo: *génesis* que genera y *re*-generación permanentes, principio y fin de todos los eones. ¡Qué bueno que viniste, Alfa y Omega, cuando nada era y nadie estaba! ¡Qué bueno haberme regenerado descubriéndote en tal generación!

XI.

Pero el genitivo todavía no nos lleva al nominativo enfático y arrogante de un ego con biceps aceitados estilo Rambo: el vocativo lleva por la mediación del genitivo al *dativo*: casi insensiblemente, como una prolongación natural del ejercicio de la pasividad gozada, el ser humano tiende a *dar* el amor que ha recibido, ejercicio discreto, lógico pero no silogístico, sino normal, silencioso, en la cotidianidad del apoyo mutuo: quien bien suplicó y supo reconocer sabrá por su parte regalar sin contrapartida.

Cabe, ay, yo pecador, romper la cadena del amor: y esto es el pecado, el egoísmo. Si el pecado comenzaba por no quererse abrir al don gratuito, culmina en guardar para sí el don recibido sin hacerlo participar. Cuando yo me cierro en banda, o universalizo la experiencia desgraciada, o racaneo avara y tacañamente como esos incurvados sobre la chepa del propio yo que araña los gramos de la balanza trucada ¿qué soy sino un separado del amor, un ex-comunicado? Cuando el dativo queda vacante suele venir el *acusativo* en alusión y en espiral: Adán echa la culpa a Eva, Eva a la serpiente, y la serpiente nunca da la cara, experiencia donde el amor se consuma desde fuera restando contra el dentro del nosotros profundo.

XII.

Pero donde abundó la muerte sobreabundó la gracia, por la Gracia de Dios (pues decir Dios y añadir Gracia es pleonasma). Contra las paleocreencias psicoanalíticas de primera hora, en la cultura del perdón (restauración de la des-gracia por el poder de la gracia) el que perdona no humilla ni el perdonado se aminora o infimaliza, sino todo lo contrario: quien perdona restaura y

acoge, y quien es perdonado agradece y recobra la vitalidad.

Toda la noche luchó Jacob el ergotista contra el Angel, y cuando se reconoció superado por el Angel lejos de gemir como un cobarde gritó: «¡No te soltaré si no me bendices!», reconociendo así la superioridad del mejor, y a la vez haciendo acopio de energía no para huir, sino para solicitar la bendición angélica y llenarse de su altruista datividad. A partir de ahí el dativo adquiere la forma del *ablativo*, de la donación en todos los casos y en todo tiempo y lugar: precisamente porque el Angel ha ben-decido ha dicho bien mi nombre, ha plenificado mi nombre con la fuerza de su amor.

XIII.

Y es ahora cuando puedo decir *yo*: el yo adulto, maduro, sano, se descubre tras un largo camino. Y cuando se llega a él así, entonces ya no puede permanecer en él, porque cuanto más se accede al yo tanto más se comparte en el nosotros: es el *imperativo del amor consumado*, amar al otro como a uno mismo desde la bendición de quien nos amó primero, por ende a Dios sobre todo. Aquí todo se ha consumado y nada se ha consumido.

Paradójicamente, el gesto de decir *yo* es un gesto breve, pero hay gestos breves cuya intelección precisa una larga vida.

XIV.

Y aquí cuanto más uno mismo es cada cual tanto más agradecido a Dios se siente. A mayor autonomía mayor teonomía, a mayor teonomía mayor autonomía.

XV.

En resumen, el *lógos* filosófico del creyente (en este caso del católico) lejos de hacer dejación de las habilidades racionales se descubre, oh sencilla profundidad de lo sólito, como una inteligencia sentiente cálida que estalla en *e-logio* y *apo-logía* porque comprueba en la existencia que todo aquello que los mejores seres humanos de la historia, aquellos después de cuyo paso por la existencia el mundo ha llegado a ser un poco mejor (Sócrates, Gandhi, Luther King, Buda, etc) encuentra su modelo en Cristo; y que todas las buenas venturas que todos los seres humanos venturosos han anhelado confluyen en las Bienaventuranzas, respecto de las cuales ningún filósofo ha habido que haya sabido hacer otra cosa que poner algún comentario reflexivo a pie de página. Y eso cuando se trata de los más grandes filósofos, pues los pequeños ni eso sabemos.

XVI.

En la mezcla de lo verdadero y de lo falso, lo verdadero resalta la falsedad y lo falso impide creer lo verdadero, situación que se agrava bajo los filosofemas epocales presididos por el magisterio de la *sospecha*, ruidoso rumor de los «maestros pensadores» al uso que deja al descubierto que nada hay más activo que un rumor ocioso. Así las cosas, si hasta ahora los filósofos se han preocupado de analizar —de separar— la realidad disgregada y desagregada (ya se sabe que lo malo de un corazón roto es que empieza a repartir los pedazos), de ahora en adelante hay que recomponer esa realidad en lo personal y en lo comunitario, y recomponerla asimismo políticamente aunque no al modo en que usualmente suele entenderse el asalto a lo político, a saber, como acto de equilibrio entre quienes anhelan entrar y aquellos que se resisten a salir, así como tampoco según el fanatismo usual donde parece que nadie puede cambiar de mentalidad ni querer cambiar de tema. La cuestión es saber hasta dónde hay que llegar sin destruir en el interior lo que uno se esfuerza por defender del exterior.

En un mundo presidido por los alifafes del egoísmo, en una Europa declinante y disolvente de muros y alambradas, no le será dado al humano otro camino que el del profeta Jonás. Así que, sin ser como ovejas que creen que el lobo es vegetariano, a desalambrar, que la tierra es nuestra, es tuya y de aquel, de Pedro, María, de Juan y José; a crear estructuras donde el Amor no sea un argumento retórico, sino una experiencia de Dios, a fin de que comprobemos con la indivisa y entera realidad de nuestra compleja existencia aquello de que «en Él nos movemos, existimos, y somos»¹.

Diciembre 1993

¹ Una crítica del yo cartesiano la hallará el lector en mi libro *En el Jardín del Edén* (Ed. San Esteban, Salamanca) y un desarrollo del yo creyente en *Cuando la razón se hace palabra* (Ed. Madre Tierra, Móstoles).